

# SANTIDAD, ASPEREZA Y LEYENDA SOBRE T. SANTA

Por el Dr. ROBERTO SARAH

Como un río de silencio, el Mar Muerto se escurre mas ana de las deagadas ventanillas del avion, anunciando las proximidades de Tierra Santa. El aeropuerto de Jerusalen —pequeno, triste— surge media hora mas tarde bajo unas inmensas nubes exposivas de luz. (No habria de observar, en el resto del viaje, ni antes de esta etapa, nubes tan extraordinariamente pictoricas, luminosas, como las de Tierra Santa: nubes de postal, de poesia y de efectos fotograficos).

El inglés y el francés, idiomas de todos los aemas aeropuertos y ciudades, han desaparecido repentinamente. Solo hay un juego de petarou idiomático, el árabe, que estaba como un surfador, obligándonos a arrancar desde el fondo de nuestros planos interiores un mundo olvidado; y poco despues del mediodia, cuando un sol penetrante se extiende por las polvorientas calles de Jerusalen, me sorprendo dialogando con un vendedor de lenugas y de albonugas. El sonno familiar resucita dentro de mi insospechados veneros, y me escucho a mi mismo, como si tratara de entender lo que otro dice. ¿Soy yo el que habia? Hay algo mas oscuro detras de todo este enigma de la subconsciencia. ¿De donde arrancan las pasiones, la sinaxis, la coorinacion? Siento el viento de los estratos inferiores que derrite los pensamientos en palabras; vivo sorprendido la curiosa alquimia interna; asisto al proceso con un poco de estupefaccion.

Aqui estan las murallas milenarias de Jerusalen. Vendedores de queso, de amencaras y de lenugas se entremezclan con los "reihah", que corren desorientados en busca de un autobus que ha de llevarlos a Betheleneh, hacia Nablus o Jerico. Un policia, la cabeza cubierta por la toca de velo blanco que le cubre hasta la nuca, dirige primitivamente un tránsito cansino; modernos taxis cruzan junto a un interminable desfile de mulas cargadas, viejas tartanas, perros y rebaños. Por un momento, me detengo frente a este mundo extraño y solememente adivinado. ¿Por dónde comenzar? En El Cairo, Fernando Orrego, Encargado de Negocios, me habia dicho:

—Hay un guia ideal para que lo lleve a usted a los sitios más importantes en menos tiempo. Además de hablar español, es de una habilidad y disposición magnificas. Trate usted de encontrar al Padre Barriuso, franciscano del Convento de Getsemani.

Pero inútilmente habíamos tratado de dar con él en ese lugar y en otros, y en el momento en que me disponia a emprender la jornada de cualquier modo y empezando por cualquiera parte, la presencia de un franciscano en las calles me anima a hacer una nueva averiguación, esta vez en francés. ¿No podria él indicarnos el derrotero para encontrar al padre Barriuso?

—Pues está usted hablando con él —me responde—. Justamente voy en busca de un padre colombiano que quiere visitar Samaria; si usted quiere unirse...



Dr. ROBERTO SARAH, talentoso escritor que escribió esta crónica.

tomóvil, después de cruzar las murallas de Jerusalen, enfila por un interminable camino solitario en dirección norte, hacia Nazareth, zona actualmente israeli.

—Solamente en Semana Santa se podrá pasar al "otro lado" —nos explica el padre Barriuso— habrá una licencia especial de peregrinos. Será la única ocasión para los que deseen conocer ambos lugares.

Antes y después de esa breve tregua internacional, quien franquee la zona árabe hacia la israeli, no podrá regresar a aquella, y sólo le será posible seguir viaje hacia su destino, desde algún lugar judío. Para poder cumplir un encargo de El Cairo, dirigido al representante chileno en Tel Aviv, me vi obligado a buscar la mediación del consul español en Jerusalen, que retransmitió el mensaje a zona israeli. Aún faltaban nueve días para Semana Santa.

Durante cuatro horas, la voz del padre Barriuso nos hace revivir los momentos de la gran jornada cristiana a través de los sitios auténticos o de aquellos que se supone que lo fueron: el pozo de la Virgen, donde Cristo dialogó con la pecadora; Emaus, donde se apareció a los caminantes después de su muerte; Samaria, reducto de los últimos descendientes de los samaritanos. Son mitad judíos, mitad árabes. Se casan exclusivamente entre ellos, y como son pocos, los lazos de sangre se tocan estrechamente y las leyes fatales de la herencia, despertando genes de latencia, los estigmatizan en forma dramática.

Un samaritano de 34 años, alto como un álamo, nos introduce al templo, pero, siendo sábado, para ellos de recogimiento, se niega a ser fotografiado y a aceptar ninguna limosna ni a comerciar vendiendo estampas, y ante la desesperación del sacerdote colombiano, que ha venido con la intención de captar algunas instantáneas, el samaritano se limita a complacerlo, mostrándole la vieja biblia que ellos usan, escrita en lengua samaritana, y que tiene una longitud de 25 metros, enrollada en una batería de tres cilindros dorados, que ruedan y recogen aquella reli-

ESTELA DEL PENSAMIENTO ARABE. —

# Las Lágrimas Invisibles

Por el Príncipe de las letras árabigas, el filósofo, poeta y pintor libanés GIBRAN JALIL GIBRAN, según una traducción directa del árabe del escritor y crítico BENEDICTO CHUAQUI en su libro "33 Poetas Arabes".

Respeto las lágrimas que rullan en los párpados y las que ruedan sobre las mejillas.

Vengo las que emanan de la ternura y de la piedad, de la despedida y de la nostalgia.

Aprecio las que vierte la madre el día de la boda del hijo, y las de la joven que cae en el primer encuentro con la primavera en el recodo del barranco.

Estimo las que provocan los pesares y las evocaciones, las ansias angustiosas y los triunfos largamente aguardados.

Amo y reverencio todas

estas lágrimas y quienes las derraman, y cuánto he anheado poder recogerlas en cálices de oro, y depositarlas sobre altares de rubí, en un templo de mármol!

Sin embargo, hay otras lágrimas, mas valiosas y mas santas que aquéllas: las que se desbordan del corazón, mientras los ojos permanecen secos.

Son las lágrimas ocultas que sólo Dios sabe como se elevan y pasan por detrás de la pupila, para luego descender hasta lo más profundo del alma.



GIBRAN

quia de pergamino, que cuenta ya con más de mil años.

—¿No me permitirá usted sacarle una fotografía? —insiste el clérigo sudamericano.— Se lo ruego; he venido desde tan lejos.

—Imposible, hoy es sábado —Pero ya que estoy aquí... —insiste.

El padre Barriuso se acerca al oído de su compañero de hábito y le dice en español: —Tientelo usted con dinero.

Pero este ardid tampoco resulta, y las ofertas del desesperado clérigo de Bogotá, primero algunas piastras y terminando en una libra jordana (dos mil pesos chilenos), no logran arrancar al samaritano de su fidelidad sabatina y hemos de regresar sin otro botín que una fotografía sacada clandestinamente del grupo de los samaritanos deformados junto al templo.

—¿Pero como lo obtuvo usted y en qué momento? —me pregunta—. Por favor, ¿me dará una copia?

Después de trepar a los históricos montes de Garizin y Ebal, donde el padre Barriuso repite con su breviario las palabras del Evangelio, que en ese mismo sitio se oyeron hace dos mil años, descendemos a Nablus, donde está la mayor concentración de refugiados palestinos. Es una diseminación de campamentos cons-

truidos de toda suerte de materiales: tela, zinc, madera y piedra. Hombres, mujeres, ancianos y niños yacen allí, miserablemente, lavando, amasando, remendando o no haciendo nada, tendidos al sol de la tarde, esperando los camiones de la UNRRA, que habrán de traerles la harina cotidiana. Grupos de jóvenes árabes discuten en voz exaltada, compartiendo un cigarrillo entre tres, pasándolo de una boca a otra. Una pequeña caravana de camellos surge en el camino de Ramalla, y el sacerdote colombiano, señalándolos, dice:

—Mire usted el efecto de esa caravana como fondo, y el campamento de refugiados en primer plano; es una fotografía periodística, y mientras enfocamos la "Contax" para captar esos dos planos, una mano ruda me lanza la cámara al suelo.

—¡Vaya a sacar fotografías a otra parte! —grita, en árabe, un joven refugiado.— ¡No queremos ser más objeto de burla!

La presencia de los dos clérigos y de algún otro compa-

ñero de campamento no logra aquietar su ánimo. En árabe, el padre Barriuso le explica, conciliador:

—¡No es periodista y habla nuestro idioma! Sólo quería conservar un recuerdo, ¿sabes? No tienen por qué irritarte de ese modo.

—¡Después aparecerá en una revista norteamericana! —grita el muchacho, fuera de sí— y hablará de nuestra miseria por todo el mundo.

Cuando, finalmente, el franciscano lo convence —y convence al grupo que refuerza la posición del compañero exaltado— de la inocuidad de sus intenciones y, sobre todo, de las vinculaciones raciales que necesariamente —aún en mi posición que ha sido siempre, por principio, ecléctica— están mas inclinadas hacia sus problemas, el muchacho y los demás me miran como a un ente extraño, y un copioso interrogatorio me aprisiona como entre las muelas de un molino. "¿De donde viene, qué idioma habla, dónde nació, por qué vino, qué hace aquí y qué quiere?"

Un rato más tarde, estoy rodeado por ellos. Me sirven té caliente. De pie, sentados,

en cucullas, me escuchan, viejos, niños, mujeres. La caravana de camellos ha cruzado y se aleja. Contesto, con esfuerzo idiomático, las preguntas, callo ante algunas, y hago a mi vez muchas otras.

El Padre Barriuso y el clérigo colombiano, que se habían alejado para dejarme solo con ese círculo de refugiados, se acercan a rescatarme, pero ellos terminan por verse envueltos en las llamaradas de aquel círculo de exaltado patriotismo y de desesperación, y cuando momentos más tarde los abandonamos, el joven árabe que ha intentado romper la "Contax" me dice, con aire conciliador:

—Si quiere usted sacar una foto... siempre que sea para usted.

—¿No prefiere que le deje estas piastras? —le digo—. Le pueden ser útiles.

—No —rechaza—. La única limosna que aceptamos es la de la UNRRA. Buen viaje. Si mañana vuelve, tal vez no me encuentre aquí sino al otro lado —señala hacia Nazareth— donde quedó mi padre enterrado en 1947. Jerusalen, 1956.

## RICARDO CHAMY

### AGENTE GENERAL DE ADUANAS



Blanco 72 - Fono 7039 - Casilla 487

Dirección Telegráfica: "Aduaneros"

— VALPARAISO —